

EXPERIENCIAS DESDE EL PPROYECTO ESPERANZA DE VIVIR EN EL TRABAJO CON LAS MASCULINIDADES

Esp. Nelson Lorenzo Rubí¹, MSc. Leydiana Duquezne Amaro¹, Lic. Rolando Pérez Vera¹, Lic. Delma Fernández García¹, MSc. Marilín Paez Fernández¹, Lic. Tania M. Llanes Rosa¹

1. Universidad de Matanzas-Filial Universitaria “César M. Rodríguez”, Calimete, Matanzas, Cuba. nelson.lorenzo@umcc.cu



CD de Monografías 2016
(c) 2016, Universidad de Matanzas “Camilo Cienfuegos”
ISBN: XXX-XXX-XX-XXXX-X

Resumen

Se realizó una investigación para determinar las causas de la baja incorporación y participación de los adultos mayores masculinos en el proyecto sociocultural “Esperanza de vivir” del Consejo Popular Calimete y se obtuvo que los patrones y estereotipos sobre lo que debe ser y hacer un hombre limitan la participación de los miembros de este sexo en las actividades del proyecto. La interpretación de los resultados de la investigación se hicieron tomando las consideraciones teóricas de las masculinidades, pero enfocadas hacia un área poco vista: su impacto en los propios portadores. Se rediseñaron las actividades del proyecto y se ha logrado un incremento gradual y participación de adultos mayores masculinos en el mismo.

Palabras claves: *Género; Masculinidades; Automarginación*

“Los hombres somos como archipiélagos, islas separadas por aquello que nos une: la masculinidad” (Leal, D et al., 2003)

El significado de ser hombre, cómo son, qué quiere decir masculinidad y porqué se habla de esta son interrogantes que se mencionan cuando se habla de ser hombres.

Su significado en el mundo de hoy se torna una cuestión prioritaria, en tanto los atributos que definen las identidades femeninas y masculinas, se presentan con valores muy diferentes y porque desde hace un tiempo se empezaron a poner en tela de juicio los comportamientos y las formas de ser que la sociedad decidió que le correspondían a los varones.

En la Filial Universitaria Municipal de Calimete como parte de los procesos sustantivos que lleva a cabo la universidad cubana funciona un proyecto sociocultural (Esperanza de vivir) dirigido a elevar la calidad de vida del adulto mayor a partir de la ocupación de su tiempo libre. Este proyecto agrupa a hombres y mujeres de la tercera edad donde las mujeres son mayoría en tanto la participación masculina es minoritaria.

Desde el inicio del proyecto el grupo gestor se dio a la tarea de incrementar la participación masculina, tomando en cuenta los referentes teóricos sobre las masculinidades, sus manifestaciones particulares en los adultos mayores de Calimete y se desarrollan acciones para revertir la situación. En el presente trabajo se exponen las consideraciones tomadas en cuenta con el objetivo de elevar la participación del adulto mayor masculino en las actividades del proyecto Esperanza de vivir después de un año de su funcionamiento.

Al proyecto concurren no solo adultos mayores del Consejo Popular Calimete sino todo un equipo multidisciplinario integrado por especialista de Salud, el INDER, Cultura, que de forma planificada y organizada desarrollan dichas actividades teniendo en cuenta las preferencias de los abuelos.



El género no es meramente la expresión social del sexo biológico ni mucho menos, se puede comprender como un proceso socio-regulador que ordena el espacio social. El término sexo se deriva de las características biológicamente determinadas, relativamente invariables del hombre y la mujer, mientras que género se utiliza para señalar las características socialmente construidas que constituyen la definición de lo masculino y lo femenino en distintas culturas y podría entenderse como la red de rasgos de personalidad, actitudes, sentimientos, valores y conductas que diferencian a los hombres y mujeres. Esta construcción implica valoraciones que atribuyen mayor importancia y valía a las características y actividades asociadas al hombre. Existen aptitudes, habilidades, trabajos, colores, olores, vestimentas, comportamientos, sentimientos, etc., categorizados culturalmente como femeninos o masculinos, es decir, atribuidos. Género es una construcción simbólica, mantenida y reproducida por las representaciones hegemónicas de género de cada cultura.

El ser mujer o el ser hombre, son del mismo modo categorías construidas que se corresponderán a nivel ideológico con lo que una sociedad, como la nuestra, considera como “femenino” o “masculino”, “femineidad” o “masculinidad”.

Se considera el género como “una construcción histórica y socio-cultural que adjudica roles, identidades, valores y producciones simbólicas a hombres y mujeres, incorporados a estos/as mediante los procesos de socialización” (González Pagés, 2010). West y Zimmerman sugieren que el género no es, sino que se hace, y que todos los sujetos nos encontramos continuamente “haciendo género”.

En estos tiempos de cambio, el concepto de ser hombre ha variado. Diversos autores tratan de dar una nueva definición de masculinidad. Algunos dicen que ser hombre es no ser mujer. El privilegio masculino no deja de ser una trampa y encuentra su contrapartida en la tensión y la contención permanentes, a veces llevadas al absurdo, que impone en cada hombre el deber de afirmar en cualquier circunstancia su virilidad. Para Ramírez la masculinidad es “una red de relaciones complejas de interconexión múltiple y no una relación lineal de dependencia entre estructura social y objeto sexuado”. Otros autores la definen como la forma de ser hombre propuesta por la sociedad para las personas que han nacido con un sexo biológico masculino.

Se considera que la masculinidad se construye desde un ideal que no es simplemente un reflejo de la psicología individual sino parte de una cultura pública que determina una representación colectiva, se sostiene que las masculinidades responderían a configuraciones de una práctica de género. Esto implica, al mismo tiempo: a) la adscripción a una posición dentro de las relaciones sociales de género, b) las prácticas por las cuales hombres y mujeres asumen esa posición y c) los efectos de estas prácticas en la personalidad, en la experiencia corporal y en la cultura.

Se parte, entonces, de pensar la masculinidad como una construcción cultural que se reproduce socialmente y, por ello, no puede definirse fuera del contexto social, económico



e histórico. En una misma sociedad las masculinidades son múltiples, definidas diferencialmente según criterios como la edad, la clase social o la etnia. Se pueden agrupar las diferentes definiciones en:

1. La masculinidad es, por definición, cualquier cosa que los hombres piensen y hagan.
2. La masculinidad es todo lo que los hombres piensen y hagan para ser hombres.
3. Algunos hombres, inherentemente o por adscripción, son considerados “más hombres” que otros hombres.

Coincidimos en que los mecanismos culturales y sociales utilizados para demostrar que “se es un hombre de verdad” varían notablemente en función de la época histórica, la clase social, la etapa evolutiva y la cultura de referencia –especialmente- por la forma de entender la contraposición entre lo masculino y lo femenino. Una primera afirmación que podemos hacer es que la masculinidad es un fenómeno cultural frente al hecho de ser un hombre entendido en términos biológicos, lo cual nos obliga a plantear la distinción entre el sexo y el género.

Características de la masculinidad

Heterogeneidad: Es evidente que ni todos los hombres “mandan” y ejercen el poder del mismo modo, ni todos los hombres seducen mujeres a diestra y siniestra, ni todos los hombres tienen trabajos espléndidos en los cuales perciben los ingresos necesarios para el funcionamiento de sus familias.

Dinamismo: La masculinidad es dinámica. Tanto lo que se considera propio de lo masculino en una cultura y grupo determinados, como las modalidades de organización de la vida social a partir de la definición de relaciones masculino-femenino, se transforman.

Se pueden identificar cuatro tipos de masculinidades:

1. Masculinidad hegemónica: responde a la lógica corrientemente aceptada que tiende a reproducir la dinámica del patriarcado.
2. Masculinidad subordinada: entre grupos de hombres, también existen relaciones de dominación y subordinación. Así, los hombres gay suelen ser discriminados por sus congéneres a partir de una lógica homofóbica que los considera “femeninos” (lo que equivaldría a una categoría de hombre inferior).
3. Complicidad: La mayoría de los hombres no responden al tipo ideal de la masculinidad hegemónica. No obstante, colaboran en su manutención porque, de algún modo, el sistema de dominación patriarcal les ofrece ciertos beneficios por el hecho de ser hombres.



4. Marginación: Se refiere al tipo de relación entre masculinidades (por ejemplo, en las relaciones entre hombres blancos y hombres indígenas o afro-descendientes), pero en el interior de los grupos étnicos pueden operar similares privilegios de género a los encontrados en el conjunto de la sociedad.

El arraigo a los mandatos tradicionales de la masculinidad vinculados al poder, al dominio y supremacía sobre la mujer, solidez en las estructuras de emociones mudas, invisibles y aparentemente ausentes y la consistencia de estereotipos y prejuicios con una fuerte permanencia en sus vidas, son algunos de los sustentos que dificultan el inicio de intercambio con sus realidades. Fue preciso entonces mover algunos resortes que contribuyeran a quebrar la armadura y la coraza alrededor de lo que ellos consignan como una masculinidad ya hecha.

Esa fue (y es) una de las tareas del grupo gestor del proyecto sociocultural “Esperanza de vivir” que agrupa a 33 adultos mayores del Consejo Popular Calimete, desde sus inicios ante la casi total ausencia de integrantes del sexo masculino, así como la pobre participación de los presentes en las actividades que se desarrollaban.

Se llevó a cabo una investigación para determinar las causas de tan baja participación de los hombres en el proyecto, cuando las estadísticas del territorio muestran una cantidad elevada de adultos mayores del sexo masculino. En el trabajo de campo participaron además del grupo gestor, varias integrantes del proyecto y se aplicaron cuestionarios y entrevistas a hombres con más de 60 años y a familiares. Los criterios más representativos son los siguientes:

- Mis amigos no están en el proyecto.
- Tengo muchas cosas de qué ocuparme, más importantes que ponerme a jugar o conversar.
- A mi edad no estoy para esas cosas.
- Eso está bien para las mujeres, no para mí.
- Si hace falta trabajar yo voy.

Un análisis de estas opiniones permite concluir que se repiten patrones y estereotipos asociados a lo que “debe ser y hacer un hombre”. Los adultos encuestados, aunque con edades por encima de los 60 años y jubilados de la vida laboral mantienen su visión de virilidad, los criterios de masculinidad asumidos durante su juventud y adultez media los adaptan a sus nuevas condiciones de vida, pero son levantados como una cuestión de dignidad varonil.



Resulta curioso que tradicionalmente se piensa la masculinidad como impacto en la mujer, a la que pone en desventaja social frente al hombre, y es cierto, pero el problema estudiado llevó al grupo gestor a ver otra arista no pensada anteriormente: la masculinidad se revierte sobre sus portadores y los sitúa en desventaja, pues limita su participación real en los procesos sociales que se desarrollan a su alrededor, los auto margina, por lo que sufren sus consecuencias al igual que las mujeres y algo aún más grave, no están conscientes del daño, por lo que no buscan ayuda. Desde este punto de vista hombres y mujeres son víctimas de las masculinidades.

Fue necesario rediseñar muchas de las actividades del proyecto de manera tal que los adultos mayores masculinos participantes no consideraran que se afectaba lo que ellos creían “que debe hacer un hombre”. Se incrementaron los conversatorios con combatientes de la Revolución, actividades patrióticas, peñas deportivas, se invitó a algunos a participar en debates sobre temas de historia local, de modo que resultara el proyecto atractivo al género masculino; no se dejaron de hacer otras actividades, pero se fueron intercalando, muchas con un enfoque de género, potenciando la socialización de criterios y el debate, a la vez que los hombres se sintieran útiles y necesarios en el proyecto, que desde él pudieran contribuir al bienestar propio y de las mujeres participantes.

Después de algo más de un año de iniciado el proyecto, las integrantes femeninas superan a los masculinos, pero se ha elevado considerablemente el número de hombres y su participación real en las actividades.

La participación masculina ha sido fuente de motivación para las féminas en actividades que se realizan fuera del Consejo Popular como son la visita al Sitio Histórico Caimito de la Hanábana en ocasión del aniversario del natalicio de José Martí, intercambio con abuelos de otros proyectos del adulto mayor del municipio, participación en actividades deportivas y en fechas conmemorativas como el Día internacional de la Mujer, donde el protagonismo es asumido por los hombres. A su vez la presencia femenina motiva la participación masculina, pues son ellas quienes convocan, divulgan y captan nuevos miembros del sexo del masculino, aunque varios de los hombres integrantes del proyecto también realizan esta función, aprovechando la complicidad y el lenguaje propio de la masculinidad, pero en función de atraerlos al proyecto.

En las actividades que realiza el proyecto no se distribuyen roles atendiendo al sexo o género estereotipado de los participantes, sino que se realizan de forma colectiva.

Se continúa prestando atención al enfoque de género y ambos sexos participan en los debates por igual, incluyendo los relacionados con las masculinidades.

Conclusiones:

Las masculinidades como forma estereotipada de lo que “debe ser y hacer un hombre” existen y están presente en el proyecto Esperanza de Vivir y han limitado la participación



real del sexo masculino, toda vez que estas se revierten en contra de ellos mismos, automarginándolos, sin embargo es posible elevar la participación masculina en las actividades del proyecto Esperanza de Vivir realizando acciones que tomen en cuenta la existencia de estas masculinidades e implicando a organizaciones como la ACRC y otras donde predomine el sexo masculino, pues juegan un importante papel en la participación de hombres en las actividades sociales y específicamente en el proyecto Esperanza de vivir. Resulta necesario trabajar el enfoque de género no solo por su impacto en las mujeres, sino también sobre los hombres, logrando elevar la calidad de vida de hombres y mujeres de este grupo etéreo en la sociedad.

Bibliografía:

1. DÍAZ ÁLVAREZ, MARÍA T. (2012). Masculinidades por la equidad. Grupo de Reflexión y Solidaridad Oscar Arnulfo Romero. La Habana, Cuba.
2. FLEITAS RUÍZ, REINA Y ÁVILA VARGAS, NIUVA (Compiladores) (2013). Género, Salud y sexualidad. La Habana, Cuba.
3. FLEITAS RUÍZ, REINA Y ROMERO ALMODÓVAR, MAGELA (Compiladores) (2012). Familia, Género y violencia doméstica. Instituto cubano de investigación cultural Juan Marinello, La Habana, Cuba.
4. GARCÍA SUÁREZ, CARLOS IVÁN Y RUIZ ARROYAVE, JAVIER ÓMAR (2008). Masculinidades, hombres y cambios, Manual conceptual, Diakonia, Acción EcuMénica Sueca, Bogotá, Colombia.
5. GONZÁLEZ PAGÉS, JULIO CÉSAR (2010). Macho Varón Masculino. Editorial de la Mujer. La Habana, Cuba.
6. Grupo de Reflexión y Solidaridad Oscar Arnulfo Romero (2012). La violencia de género daña. La Habana, Cuba.
7. PADRÓN, FRANK (2014). Diferente. Cine y diversidad sexual. Ediciones ICAIC, La Habana, Cuba.

